

PRELUDIO RACIONALISTA

Antonio Fernández-Alba
Febrero de 1992

Se presenta en el marco de esta recopilación de trabajos y proyectos, alguno de los rasgos más aparentes del arquitecto José María García de Paredes, de cuya partida tan inesperada como sentida fuimos testigos hace ya algunos años. Nada más lejos por mi parte, de acotar en estos breves testimonios una valoración crítica a su que hacer profesional, toda crítica trascendente en el entorno de estas manifestaciones se transforma en voluntarismo a veces ingenuo cuando no testimonio acreedor de silencios inmerecidos.

José María García de Paredes había nacido en Sevilla en 1924 y durante los años 1944-50 realiza sus estudios de Arquitectura en la Escuela de Madrid, inicia por tanto sus trabajos de arquitecto en la década de los cincuenta formando parte de aquel grupo minoritario de jóvenes arquitectos que residían en Madrid, R.V. Molezún, J.A. Corrales, J. Carvajal, R. de la Hoz..., que trataban de recuperar junto a los grupos catalanes, las preocupaciones del primer racionalismo español y cuyo corolario espacial apostaba en aquel pequeño y esforzado grupo, por una adhesión hacia las formas de la arquitectura moderna, troncada por los episodios de la guerra civil del 36. Trabajar desde la forma contra los estilos de la forma, buscando la «forma de la función».

José María García de Paredes, llegaba por tanto al mundo de la arquitectura en un período de retorno y recuperación de la razón, para hacer viable el proyecto arquitectónico y en un país mal herido por las escorias de la ruina. En Europa como en España, eran tiempos donde el conocimiento de las técnicas resultaban demasiado y demasiado poco, pues el edificio acotado en las premisas de lo funcional requería conocimiento y no solo alegatos formales. En estos años se sitúan algunos de sus edificios más conseguidos, como el Colegio Mayor Aquinas, realizado en colaboración con R. de la Hoz, en el recinto de la Ciudad Universitaria de Madrid.

urbano, barrios, centros sociales, iglesias, y diferentes instalaciones de diseño interior, compaginando su formación de postgraduado como pensionado en Roma con una intensa actividad de viajes profesionales por Europa, donde trabaría amistad con los arquitectos más significativos de aquellos tiempos.

En sus proyectos, estaba ausente el deseo de lo superfluo, rodeaba su erudición, conocimientos e inteligencia del atractivo código de los escépticos, norma que le permitió construir sus edificios sin la servidumbre de tener que imitar para sobrevivir en las esferas de los críticos hegemónicos; ya en plena madurez profesional venía construyendo —quizá sus obras más divulgadas— espacios para la música, lugares destinados a sentir la emoción o acariciar el sueño impreciso con las servidumbres y premisas que el universo cerrado de las burocracias impone a los tiempos del espacio edificado.

32

De su primera adopción racionalista al cabo de los años le había quedado una lealtad al buen construir y una noción sin ambivalencias, según la cual, el espacio edificado no puede sostenerse en los plenomasmos de la confusión formal o en los juegos del simulacro; difícil rasgo de sabiduría para un arquitecto que no deseaba claudicar, ante lo que hoy se celebra como estímulo para vender mejor aquello que la moda impone como mercancía. Supo entender y aceptar por imperativo de la época, tiempos de confusión y decadencia, cómo el

espacio de la arquitectura se edifica con una mezcla de razón y sin razón, de orden y desorden, y que este arte de lo edificado se mueve entre la relatividad que acotan pares tan antagónicos.

José María García de Paredes se encontró, como algunos arquitectos de su generación, entre el caso de un modo de proyectar la arquitectura que con evidencia se extingue, y otro cuya aurora aun no se percibe. Trabajo en los reductos de una cultura donde la disciplina de la norma aparece difuminada, tanto como aquel anhelo al que aspiraba la función de la arquitectura a principios de siglo, que con el discurrir de los años se ha ido transformando en «doméstico estilo de vanidades». Ante semejantes vacíos, propios de la turbulencia de los tiempos, García de Paredes intentó superarlos con entusiasmo apaciguado, nada violento ni tampoco melancólico, con el escepticismo propio de un ser inteligente.

Desarrolló sus propuestas arquitectónicas dentro de una «poética de la prudencia compositiva» junto a la «lógica de la razón de construir», lección de modestia ejemplar, frente a los fanáticos de las arquitecturas miméticas o de aquellos otros, «impositores magníficos» que invaden el espacio con los artificios de sus íntimas frustraciones.

Tal vez, como ya he señalado en alguna otra ocasión, su huella más profunda, sea la de haber sido un hombre justo, nominación que enaltece, la verdad escondida y oculta en el ser.